

contar con un amigo, con el silencio. Solo debe pronunciar el monosílabo *sí*. Confesar y consentir es su único derecho, y decir siempre *sí* al juez y *sí* al rey. Los grandes, si lo tienen por conveniente, pueden darnos bastonazos; yo los he recibido, es una de sus prerogativas, y no pierden su grandeza porque nos rompan los huesos. Veneremos el cetro, que es el primero de los bastones. El que ultraja al rey, se expone al mismo peligro que la jóven que corta temerariamente la melena al león. Me refiero á lo que charlaste sobre el farthing, que es lo mismo que el liard, y á que maldijiste su medalla augusta, mediante la que nos venden en el mercado medio cuarto de un arenque salado. ¡Mucho cuidado con maldecir! Es preciso que seas un hombre sério y que tengas presente que existen castigos. Imprégname de las verdades legislativas. Estás en un país donde al que sierra un árbol de tres años lo llevan tranquilamente á la horca. A los que juran, se les meten los piés en cepos. Al borracho le meten en una barrica sin fondo por la parte de abajo para que pueda andar; hacen un agujero en la parte alta del tonel para que pase por él la cabeza, y practican otros dos agujeros en las computas para que saque las manos; de este modo no se puede acostar. Al que hiere á alguno en la sala de Westminster le aprisionan para toda la vida y le confiscan los bienes. Al que hiere á alguien en el palacio real le cortan la mano derecha. Al que dá un papirotazo que haga saltar sangre en la nariz, le dejan manco. Al que está convicto de herejía, lo queman vivo; por gran favor, Cuthbert Simpson fué descuartizado por el torniquete. Hace tres años, en 1702, ataron á la picota al malvado Daniel de Foe, porque tuvo la audacia de imprimir los nombres de los miembros de la Cámara de los Comunes que habían hablado en el Parlamento el día anterior. Al que es felón á su majestad, lo abren en canal, le arrancan el corazón y con él le abofetean las mejillas. Quiero inculcarte estas nociones de derecho y de justicia. No decir nunca una palabra y á la menor inquietud levantar el campo, es lo que yo hago y te aconsejo que hagas. En materia de temeridad imita á los pájaros y en materia de charla á los peces. Conque ya sabes que lo admirable de Inglaterra es su legislación suave.

Después de esta reprensión, Ursus quedó inquieto durante algún tiempo, pero Gwynplaine no. La intrepidez de la

juventud se compone en gran parte de falta de experiencia. Sin embargo, parecía que Gwynplaine tenía razón para estar tranquilo, porque se deslizaron pacíficamente algunas semanas sin traer consecuencias el propósito sobre la reina.

Ursus estaba siempre vigilante, temiendo algún contratiempo. Un día, poco después de los consejos que dió á Gwynplaine, mirando por la ventana de la pared que caía al exterior, Ursus palideció de repente.

—Gwynplaine? le dijo.

—Qué queréis?

—Que mireis.

—A dónde?

—A la plaza.

—Y qué?

—Ves aquel transeunte?

—Aquel hombre vestido de negro?

—Sí.

—Que empuña una especie de maza?

—Sí.

—Y qué?

—Mírale bien; ese hombre es el wa-

pentake.

—Qué quiere decir wapentake?

—Qué es el bailío de la centena.

—Qué significa bailío de la centena?

—Es el *praepositus hundredi*.

—Pero qué desempeña?

—Un oficio terrible.

—Qué lleva en la mano?

—El iron-weapon.

—Qué es el iron-weapon?

—Una cosa de hierro.

—Qué hace con ella?

—Ante todo jura, y por esto se le llama

el wapentake.

—Y después?

—En seguida toca al que le parece.

—Con qué?

—Con el iron-weapon.

—Con eso qué quiere decir?

—Quiere decir: Sígueme.

—Es preciso seguirle?

—Sí.

—Y á dónde?

—No lo sé.

—No os dice dónde os lleva?

—No.

—Pero se le puede preguntar?

—Tampoco.

—Tampoco?

—El no dice nada y los demás tam-

co le dicen.

—Pero...

—Te toca con el iron-weapon y nada

más... estás obligado á seguirle.

—Pero dónde?

—Detrás de él, adonde á él le parece, Gwynplaine.

—Y el que se resiste á seguirle?

—Le ahorcan.

Ursus volvió á asomar la cabeza por la ventana y respiró tranquilamente.

—Gracias á Dios, ya ha pasado! No nos busca á nosotros.

Ursus quizás se había asustado más de lo razonable de la indiscreción de las palabras que pronunció Gwynplaine. Maese Nicless, que las oyó, no tenía ningún interés en comprometer á las pobres gentes de la Green-Box. Era una fortuna para él el hospedar al *Hombre que rie*; para el posadero tenía dos éxitos el *Caos vencido*: hacia triunfar al arte en la Green-Box y hacia progresar la embriaguez en la taberna.

## VI.

El ratón interrogado por los gatos.

Otro aviso recibió todavía Ursus y bastante terrible; esta vez se trataba de él. Le hicieron aparecer en Bishopsgate ante una comisión compuesta de tres rostros desagradables, que pertenecían á tres doctores, llamados prepositos: uno era doctor en teología y delegado del dean de Westminster; otro era doctor en medicina y delegado del Colegio de los Ochenta, y el tercero era doctor en historia, delegado del Colegio de Gresham. Estos tres peritos *in omni re scribili* vigilaban las palabras pronunciadas en público en todo el territorio de las ciento treinta parroquias de Londres, de las setenta y tres de Middlesex y por extensión de las cinco de Southwark. Estas jurisdicciones teológicas subsisten aun en Inglaterra y castigan con rigor útil.

Ursus recibió un día de dichos doctores delegados la orden de comparecencia, que, por fortuna, le entregaron en propias manos, y nadie se enteró de ella. Acudió, pues, á la citación, estremeciéndole la idea de que pudiesen creer que daba pié para que sospechasen que era temerario en cierto modo; él, que recomendaba el silencio á los demás, acababa de recibir una lección muy ruda.

Los tres doctores prepositos y delegados estaban sentados, en Bishopsgate, en el fondo de una sala de piso bajo, en tres sillones de brazos de cuero negro: tenían colgados en la pared y encima de ellos los retratos en busto de Minos, Eaque y

Radamanto, una mesa delante y á los piés un banquillo.

Ursus fué introducido hasta allí, y en el instante, en su pensamiento dió á cada uno de los tres doctores el nombre del juez del infierno que cada uno de los prepositos tenía sobre su cabeza.

Minos, el primero de los tres, el doctor en teología, le hizo señal de que se sentase en el banquillo.

Ursus saludó correctamente, esto es, inclinándose hasta el suelo, y convencido de que se encanta á los osos con la miel y á los doctores con el latín, dijo, permaneciendo por respeto medio encorvado:

—*Tres faciunt capitulum*.

Al decir esto se sentó en el banquillo.

Cada uno de los tres doctores tenía en la mesa delante de sí un cuaderno de notas, que hojeaba. Empezó Minos:

—Es cierto que hablais en público?

—Sí, respondió Ursus.

—Con qué derecho?

—Soy filósofo.

—Eso no es un derecho.

—Soy también saltimbanqui.

—Eso es diferente.

Ursus respiró. Minos continuó en el uso de la palabra:

—Como saltimbanqui podeis hablar, pero como filósofo debeis callar.

—Trataré de hacerlo así.

Ursus pensaba en su interior:—Puedo hablar, pero debo callar; esto es una complicación. Estaba temeroso. Minos continuó:

—Decís cosas malsonantes. Ultrajais la religión. Negais las verdades más evidentes. Propagais errores que excitan; por ejemplo, habeis dicho que la virginidad no excluía la maternidad.

Ursus levantó la vista con humildad y contestó:

—No he dicho eso; dije que la maternidad excluía la virginidad.

Minos, pensativo, murmuró:

—Este hecho es lo contrario.

Era lo mismo, pero Ursus había parado el primer golpe.

Minos, meditando la contestación del saltimbanqui-filósofo, se hundió en lo profundo de su imbecilidad, lo que ocasionó un momento de silencio.

El representante de la historia, el que para Ursus parecía Radamanto, disfrazó la derrota de Minos con esta interpelación:

—Son de todas clases vuestros atrevimientos y vuestros errores. Habeis negado que se perdiese la batalla de Farsalia

porque Bruto y Casio encontraron un negro.

—Dije, respondió Ursus, que esto era también porque César era mejor capitán.

El juez pasó sin transición de la historia á la mitología.

—Habeis excusado las infamias de Aceteon.

—Porque creo, insinuó Ursus, que el hombre no se deshonra por ver á una mujer desnuda.

—Pues os equivocais, replicó el juez severamente.

Radamanto volvió á la historia.

—A propósito de los accidentes sucedidos á la caballería de Mitrídates, habeis rehusado reconocer las virtudes de las yerbas y de las plantas. Negásteis que la securiduca pueda hacer caer las herraduras.

—Dispensadme, respondió Ursus; dije que eso solo era posible para la yerba sferra-caballo. No niego la virtud de ninguna yerba... ni la de ninguna mujer, añadió en voz más baja.

Por esta salida de la cuestión, que añadió á la respuesta, se probó Ursus á sí mismo que, aunque tenia inquietud, no estaba desarmado.

Ursus era un compuesto de terror y de presencia de espíritu.

—Insisto, repuso Radamanto. Habeis declarado que fué una simpleza de Escipion (cuando quiso abrir las puertas de Cartago) el coger como una llave la yerba etriopis, porque dicha yerba no posee la propiedad de romper las cerraduras.

—Dije sencillamente que hubiera hecho mejor en servirse de la yerba lunaria.

—Eso solo es una opinion, contestó Radamanto, herido también á su vez, y se calló.

Minos, sereno ya, interrogó otra vez á Ursus. Habia tenido tiempo para consultar el cuaderno de sus notas.

—Habeis clasificado el oropimente entre los productos arsenicales, diciendo que se podia envenenar con el oropimente, y la Biblia lo niega.

—La Biblia lo niega, pero el arsénico lo afirma, replicó Ursus.

El personaje en quien Ursus veia á Eaque, que era el doctor en medicina, y que no habia hablado aun, intervino, y con los ojos medio cerrados y apoyando á Ursus, dijo:

—La contestacion no es inepta.

Ursus le dió las gracias con su más

humilde sonrisa. Minos hizo una mueca de disgusto.

—Continúo, repuso éste; respondedme.—Afirmásteis que era falso que el basilisco sea el rey de las serpientes y conocido con el nombre de cocatrix.

—Reverendo señor, contestó Ursus, no habré tratado de rebajar al basilisco cuando dije que tenia cabeza de hombre.

—Así será, replicó severamente Minos, pero añadísteis que Socrius vió uno que tenia cabeza de halcon. ¿Podeis probarlo?

—Difícilmente, dijo Ursus, que perdió terreno con esta respuesta.

Minos, observando su ventaja, continuó:

—Dijisteis que el judío que se hace cristiano es porque no se encuentra bien.

—Sí; pero añadí que el cristiano que se hace judío es porque se encuentra mal.

Minos volvió á repasar el cuaderno denunciador. Tras una pausa continuó el interrogatorio:

—Afirmáis y propagáis cosas inverosímiles. Dijisteis que Elieno vió que un elefante escribia sentencias.

—Eso no, reverendo señor; dije sencillamente que Oppiano oyó á un hipopótamo discutir un problema filosófico.

—Habeis declarado que no es cierto que un plato de madera de haya se llene á sí mismo de todos los manjares que se pueden desear.

—Dije que para que posea esa virtud era preciso que fuese dado por el diablo.

—Esto indica, repuso Minos, que tenéis cierta fé en el diablo.

—Reverendo doctor, no lo niego; creo en el diablo. La fé en el diablo es el reverso de la fé en Dios, y la una prueba la otra. El que no cree algo en el diablo no puede creer mucho en Dios; el que cree en el sol debe creer en la sombra. El diablo es la noche de Dios; y ¿qué es la noche? la prueba del dia.

Ursus, como se vé, improvisaba insondable combinacion de filosofía y de religion. Minos quedó pensativo y volvió á sumirse en el silencio. Ursus respiró otra vez.

En seguida, Eaque, el delegado de medicina, que acababa de defender desdenosamente á Ursus del ataque del doctor en teología, se hizo de pronto auxiliar de éste, atacando bruscamente al saltimbanqui. Puso la mano cerrada sobre su cuaderno, que era grueso y estaba cargado de notas, y dijo:

Está probado que el cristal se encuentra en el hielo sublimado y el diamante en el cristal sublimado; se ha averiguado que el hielo se convierte en mil años en cristal y que el cristal se convierte en diamante en mil siglos. Vos lo habeis negado.

—No lo he negado, contestó melancólicamente Ursus; solo dije que en mil años el hielo tenia mucho tiempo para fundirse, y que mil siglos son muy difíciles de contar.

—Negais que las plantas puedan hablar.

—De ningun modo, pero es preciso para eso que estén debajo de una horca.

—Confesais que la mandrágora grita?

—No, pero canta.

—Negásteis que el cuarto dedo de la mano izquierda poseia virtudes cordiales.

—Solo dije que estornudar á la izquierda era signo desgraciado.

—Habeis hablado temeraria é injuriosamente del fénix.

—Ilustre doctor, solo dije que, al asentarse el cerebro del fénix era un bocado exquisito, pero que producía mal de cabeza, Plutarco iba más lejos de lo que debia, supuesto que el fénix no ha existido jamás.

—Ese es un error. En la antigüedad se le equivocó con otras aves, pero hoy se le conoce bien: hoy existe.

—No me opongo.

—Confesásteis que el saúco curaba la esguimancia, pero añadiendo que eso no era por tener en sus raices una excrecencia encantada.

—Dije que era porque Judas se ahorcó en un saúco.

—Opinion plausible, murmuró el teólogo Minos, contento por devolver el alfilerazo al médico Eaque.

La arrogancia, pisada, se encoleriza rápidamente. Eaque se encarnizó.

—Hombre nómada, vuestro espíritu vaga errante como vuestros piés. Manifestais tendencias sospechosas y sorprendentes, andais muy cerca de la hechicería, estais en relaciones con animales desconocidos. Hablais al populacho de objetos que existen para vos solo, que son de ignorada naturaleza, como por ejemplo, del hemorrhus.

—El hemorrhus es una vívora que vió Tremellius.

Esta respuesta produjo confusion en la ciencia irritada del doctor Eaque.

Ursus continuó:

—El hemorrhus es tan real como la

hyena odorífera y como la cebolla silvestre descrita por Castellus.

—Hé aquí vuestras palabras textuales y diabólicas. Oidlas.

Eaque, con la vista fija en el cuaderno, leyó lo siguiente:

—“Dos plantas, la thalagssigle y la aglafotis son luminosas en la oscuridad; flores durante el dia y estrellas durante la noche.”

Mirando con fijeza á Ursus, le preguntó:

—Qué decís de esto?

—Que cada planta es una lámpara y cada perfume es una luz.

—Habeis negado que las vejiguillas de la nutria fuesen equivalentes á las del castor.

—Me concreté á decir que se debe desconfiar de Aetius en este punto.

Eaque se puso furioso.

—Ejercitais la medicina?

—Me ejercito en la medicina, contestó tímidamente Ursus.

Ursus hablaba con firmeza, pero con suave entonacion.

—Pues os advierto que si el enfermo que asistais se muere, sereis condenado á muerte.

—Y si se cura? se atrevió á preguntar Ursus.

—En ese caso, respondió el doctor dulcificando la voz, os espera también la muerte.

—Eso es muy poco variado, contestó Ursus.

—Si el enfermo muere, se castiga la ignorancia del médico, y si cura, se castiga vuestra intrusion. Se os condena á la horca en los dos casos.

—Ignoraba ese detalle y os doy las gracias por habérmelo enseñado. No es fácil conocer todas las bellezas de la legislación.

—Conque estad alerta.

—Estaré alerta, señor doctor.

—Sabemos todo lo que haceis.

—Yo no lo sé siempre, pensó para sí Ursus.

—Podríamos encerraros en una prision.

—Lo voy comprendiendo.

—No podeis negar vuestras contravenciones ni vuestras usurpaciones.

—Mi filosofía os pide perdon.

—Se os atribuyen audacias.

—Se equivocan.

—Dicen que curais enfermos.

—Soy víctima de la calumnia.

Los doctores acercaron sus rostros sábios y cuchichearon. El consejo íntimo

y competente de aquella trinidad duró algunos minutos, durante los cuales Ursus experimentó todos los frios y los calores de la agonía: al fin Minos volvió la cabeza hácia él y le dijo con voz áspera y severa:

—Marchaos!

Ursus sintió algo de lo que debió sentir Jonás al salir del vientre de la ballena.

Minos continuó diciéndole:

—Os dejamos en libertad.

Ursus se decía á sí mismo:

—Si me vuelven á pillar, ¡adios á la medicina!... De hoy en adelante dejaré que revienten los enfermos.

Saludó profundamente á los doctores, á los retratos, á la mesa y á las paredes, se dirigió de espaldas hácia la puerta y desapareció casi como una sombra que se disipa.

Salió lentamente de la sala, como inocente, y de la calle con rapidez, como culpado. La aproximación á las gentes de justicia es tan singular y tan temible, que hasta cuando nos absuelven queremos evadirnos de ellas.

Ursus, huyendo, murmuraba:

—De buenas he escapado! Soy sábio salvaje y ellos son sábios domésticos. Los doctores trastean á los doctos. La falsa ciencia es el excremento de la verdadera y se emplea para perder á los filósofos. Los filósofos, al producir los sofistas, producen su propia desgracia. Del estiércol del tordo nace el muérdago, con el que se hace la liga que luego aprisiona al tordo. *Turdus sibi malum cacat.*

Ursus era poco delicado en materia de gusto literario y tenía el atrevimiento de servirse de las palabras que mejor expresaban sus ideas. No tenía mejor gusto que Voltaire.

Cuando Ursus volvió á la Green-Box, refirió á maese Nicless que tardó por haberse empeñado en seguir á una mujer hermosa, y no le habló de su aventura.

Por la noche únicamente dijo á Homo en voz baja:

—Es menester que sepas que he venido las tres cabezas del Cancervero.

## VII.

¿Qué motivos pudo tener un cuádruple (1) para confundirse con miserables liards?

En la posada de Tadcaster cada día iba en aumento la alegría, la risa y

(1) Moneda de oro que vale cuatro doblones.

la algazara. El hostelero y su muchacho apenas bastaban para servir el *ale*, el *stout* y el *porter* (1). Por la noche estaba completamente llena la sala baja y no había desocupada ni una sola mesa. La muchedumbre bebía, cantaba y alborotaba.

En el teatro, esto es, en el corral, la multitud aun era más numerosa.

Todo el público que podía dar el arrabal acudía tan precipitado á asistir á las representaciones del *Caos vencido*, que en cuanto empezaba la función era imposible ya encontrar un solo sitio. Las ventanas rebosaban espectadores y el largo y ancho balcon estaba invadido. No se podía ver ni una sola de las piedras del patio; tan espesa estaba la gente!

Solo quedaba vacía la localidad destinada para la nobleza. Pero una noche se ocupó: era un sábado, día en que las gentes se esfuerzan por divertirse sabiendo que se tienen que fastidiar el domingo. La sala estaba llena de un extremo al otro; decimos *sala*, porque Shakespeare, que tuvo durante mucho tiempo por teatro el corral de una posada, la llamaba también *sala*, *hall*.

En el momento de descorrerse el telon para empezar el prólogo del *Caos vencido*, y estando en escena Ursus, Homo y Gwynplaine, el primero echó, como de costumbre, una ojeada á la concurrencia y tuvo una sorpresa. Estaba ocupada la localidad destinada á la nobleza: había en medio del palco una mujer sentada en el sillón de terciopelo de Utrech; estaba sola y casi lo llenaba.

Hay séres que despiden cierta claridad: esta mujer, como Dea, pertenecía á ese número, pero despedía claridad diferente. Dea era pálida y esta mujer sonrosada; aquella era el alba, ésta la aurora. Dea era linda, esta mujer era hermosa. Dea era la inocencia, el candor, la blancura, el alabastro; aquella mujer era la púrpura y no podía ruborizarse. Su irradiación desbordaba del palco, y ella estaba sentada en el centro, inmóvil y con no sé qué plenitud de ídolo.

En medio de la sórdida multitud tenía la brillantez del carbunco, inundando al público con tanta luz que quedaba oscurecido, y todo él sufría su eclipse. Su esplendor lo oscurecía todo.

Todos los ojos se volvían hácia ella. Tom-Jim-Jack estaba confundido entre la muchedumbre, y desaparecía como

(1) Tres clases de cerveza.—(N. del T.)

los demás eclipsado por el nimbo de aquella mujer resplandeciente.

La desconocida absorbió desde su aparición la atención del público, haciendo competencia al espectáculo y perjudicando en parte á los primeros efectos del *Caos vencido*. Aquella visión, para los que estaban cerca de ella, era una realidad. Era una mujer, quizás demasiado mujer. Alta y robusta y exhibiéndose magníficamente lo más desnuda que podía. Llevaba voluminosos pendientes de perlas entremezcladas con piedras preciosas. Su traje era de muselina de Siam bordada de oro, que constituía el gran lujo de aquella época, porque esos vestidos valían entonces seiscientos escudos. Largo broche de diamantes cerraba su camisa, que se veía por debajo de la garganta, moda lasciva de aquel tiempo, camisa de tela de Frise, que era tan fina que podía pasar al través de una sortija. Esta mujer llevaba como una coraza de rubíes y de otras piedras cosidas por todas partes á su corpiño. Además ostentaba las dos cejas pintadas con tinta china, y los brazos, los codos, los hombros, la barba, las ventanas de la nariz, las palmas de las manos y el extremo de los dedos con afeites, extendiendo sobre su figura algo rojo y provocante y la implacable voluntad de ser hermosa. Era la pantera que podía volverse gata y acariciar. Tenía un ojo azul y otro negro.

Gwynplaine y Ursus contemplaban aquella mujer.

La Green-Box ofrecía un espectáculo fantasmagórico; *El caos vencido* más se parecía á un sueño que á una comedia, y sus actores estaban acostumbrados á hacer en el público el efecto de una visión; pero aquella noche el efecto de la visión lo recibían ellos; la sala devolvía al teatro la sorpresa y les llegaba el turno de la fascinación.

Aquella mujer les miraba y ellos la contemplaban; la distancia que los separaba de ella y la bruma luminosa que produce la penumbra teatral, les borraba los detalles y les producía el efecto de una alucinación. Era para ellos una mujer sin duda alguna; pero ¿no sería también una quimera? La entrada de tanta luz en su oscuridad les asombraba; era para ellos la llegada de un planeta desconocido que venía del mundo de los dichosos. La irradiación amplificaba la figura de aquella mujer, que brillaba con los centelleos nocturnos de una vía láctea; sus piedras preciosas

parecían estrellas; el broche de diamantes era quizás una pléyade. El modelado espléndido de su seno era sobrenatural. Al fijarse en aquella criatura astral se conocía que se aproximaba momentáneamente hácia allí desde las regiones de la felicidad; desde las profundidades del paraíso se inclinaba hácia la infeliz Green-Box y hácia su miserable público aquella faz de inexorable serenidad. Curiosidad suprema que desea satisfacerse y que al mismo tiempo sirve de pasto á la curiosidad popular. Lo de arriba sintiendo en que lo mire lo de *debajo*.

Ursus, Gwynplaine, Vinos, Fibi y la multitud experimentaron la sacudida del deslumbramiento, todos, excepto Dea, que no podía deslumbrarse.

La presencia de aquella mujer era una aparición, pero que no participaba de ninguna de las ideas que ordinariamente despierta ese nombre; no había en ella nada diáfano, indeciso y flotante, nada vaporoso; era una aparición rosada y fresca, pero que aparecía visión en las condiciones ópticas en que estaban colocados Gwynplaine y Ursus.

Detrás de aquella mujer y en la penumbra se veía un hombre infantil, blanco, hermoso y sério; era su *groom*, que era moda en aquel tiempo que fuese muy joven y muy grave. Vestía de terciopelo de color de fuego y llevaba sobre el casquete, galoneado de oro, un ramillete de plumas de tisserin (1), señal de alta domesticidad y que indica ser criado de nobilísima dama.

El lacayo forma parte integrante del señor, y es fácil de comprender que aquel era el paje de cola de aquella señora. Este *groom* se mantenía semi-oculto y sin llamar la atención, porque esto indicaría falta de respeto; estaba de pié y pasivo en el fondo del palco, y tan atrás como la puerta cerrada se lo permitía; pero la dama puede decirse que estaba sola en la localidad, porque un criado no debe contarse.

Aunque era poderosa la distracción que produjo la desconocida, el desenlace del *Caos vencido* fué más poderoso todavía, y la impresión que causó fué irresistible, como siempre. Quizás hubo en la sala aumento de electricidad, dimanada de la radiante espectadora, porque algunas veces el concurrente aumenta el espectáculo. La risa contagiosa que produjo Gwynplaine fué más tumultuosa que otras veces, y la concurrencia se vió

(1) Pájaro que se encuentra en Africa y en las Indias.

acometida por indescriptible epilepsia de hilaridad; entre el público sobresalía la risa sonora y magistral de Tom-Jim-Jack.

Solo la desconocida, que contemplaba el espectáculo con inmovilidad de estatua y con ojos de fantasma, no rió.

Después que terminó la representación volvió á reinar la intimidad en la Green-Box. Ursus abrió y vació sobre la mesa de cenar el saco de la colecta y salió de él un montón de liards, entre los que se vió brillar súbitamente una onza de oro española.

—Esta moneda es de aquella dama! exclamó Ursus. Ha dado un cuádruple por el palco, añadió entusiasmado.

En este momento el posadero entró en la Green-Box, pasó el brazo por la ventana que aquella tenía en la parte de detrás, abriendo la de la pared á donde estaba arrimada la Green-Box, que caía á la plaza y tenía la misma altura que la del coche ambulante, é indicó á Ursus que mirase al exterior.

Una carroza empenachada, con magníficos arreos y con lacayos que llevaban antorchas, se alejaba al trote largo.

Ursus enseñó el cuádruple á maese Nicless y le dijo:

—Es una diosa!

Después se fijó en la carroza, que doblaba una esquina de la plaza, y vió que sobre el imperial las antorchas de los criados alumbraban una corona de oro con ocho florones.

—Es una duquesa! exclamó.

La carroza desapareció.

Ursus se quedó algunos momentos contemplando la moneda de oro, después la dejó sobre la mesa y se puso á interrogar al hostelero sobre la desconocida. Era una duquesa, pero no sabían de qué título. Lo único que pudo decirle maese Nicless es que había visto de cerca la carroza blasonada y los lacayos galoneados. Por la peluca, el cochero pudiera serlo de un lord canceller. El *groom* era tan diminutivo que estaba de pié sobre el estribo de la carroza fuera de la portezuela, de esos que eran portadores de la cola de las grandes damas y de sus mensajes; además llevaba el ramillete de plumas de tisserin, que al que le usa sin derecho le cuesta pagar una multa. Maese Nicless había visto de cerca á esa gran señora. Era una especie de reina y gran riqueza realizaba su hermosura. Maese Nicless refería la magnificencia de su blanca carne con venas azules, lo pintado de su cuello, brazos y hombros, sus pendientes de

perlas, el adorno de su peinado matizado con polvos de oro, y la profusión de piedras preciosas, de rubies y de diamantes que la adornaban.

—Menos brillantes que sus ojos, murmuraba Ursus.

Gwynplaine callaba. Dea escuchaba.

—Sabeis qué es lo más asombroso? le preguntó el tabernero.

—Qué?

—Que yo la ví subir á la carroza.

—Y qué?

—Y no subió sola. Adivinad quién subió con ella.

—El rey? preguntó Ursus.

—Ya sabeis que en la actualidad no hay rey en Inglaterra. Adivinad quién era.

—Júpiter?

—Tom-Jim-Jack, respondió el posadero.

Gwynplaine, que hasta entonces no había articulado ni una palabra, rompió el silencio, exclamando:

—Tom-Jim-Jack!...

Hubo entonces una pausa, producida por el asombro, durante la que pudo oírse decir en voz baja á Dea:

—¿No se podría impedir que volviese esa mujer?

## VIII.

### Síntomas de envenenamiento.

La aparición no volvió. No volvió á la sala, pero reapareció en el espíritu de Gwynplaine, que quedó turbado. Le pareció que acababa de ver á una mujer por la primera vez de su vida.

Tuvo la semi-caída del que sueña extrañamente. Es necesario precaverse de que se nos imponga la imaginación. La imaginación posee el misterio y la sutileza del aroma, y es al pensamiento lo que el perfume es á la vara de San José; es muchas veces la dilatación de una idea venenosa, y penetra como el humo. Los desvaríos envenenan como las flores y nos arrastran á un suicidio embriagador, exquisito y siniestro.

El suicidio del alma consiste en extrañar el pensamiento, que así se envenena. La imaginación atrae, engaña con falsas esperanzas, se apodera de nosotros y después nos hace sus cómplices, obligándonos á aceptar por mitad las trampas que hace á la conciencia. Primero nos fascina y después nos corrompe. Se puede decir de la imaginación lo que se dice del juego: se empieza en él por ser

victima y se concluye por ser bellaco.

Gwynplaine soñaba. Jamás hasta entonces había visto á la mujer: solo conocía la sombra de las mujeres del pueblo y el alma de Dea: acababa de ver la realidad: la piel tibia y viviente, bajo la que se siente circular la sangre apasionada; contornos, trazados con la presión del mármol y la ondulación de las olas; la fisonomía altiva é impasible, en la que se confunden la repulsión con la atracción y se reasumen en resplandecimiento; cabellos coloreados como un reflejo de incendio; elegancia y riqueza de adornos, que producen los calofríos de la voluptuosidad; insinuada desnudez, haciendo traición al deseo desdeñoso de ser poseída desde larga distancia por la multitud; coquetería inexpugnable; lo impenetrable seduciendo; la tentación, espoleada por la perdición entrevista; la promesa para los sentidos y la amenaza para el espíritu; la doble ansiedad que producen el deseo y el temor. Gwynplaine acababa de ver todo lo referido, porque veía una mujer, ó mejor dicho, veía más y menos que una mujer; veía una hembra, y al mismo tiempo un sér olímpico: la hembra de un dios.

Acababa de aparecersele el misterio del sexo. Dónde? En lo inaccesible, á inmensa distancia.

En su destino irónico, esa cosa celeste, el alma, la poesía, se concentraba en Dea; pero esa cosa terrestre, el sexo, lo divisaba en lo más profundo del cielo, y era para él, aquella mujer, una duquesa.

Imposible escarpadura! Hasta la imaginación retrocede ante semejante escalamiento. ¿Iba á cometer la locura de soñar en esa desconocida? Forcejeaba contra esto consigo mismo.

Recordaba cuanto Ursus le había referido acerca de esas altas existencias, casi reales; las divagaciones del filósofo, que le parecieron inútiles, las encontraba ahora como puntos de apoyo para sus meditaciones; con frecuencia solo tenemos en la memoria una delgada capa de olvido, la que, cuando la ocasión se presenta, deja ver de repente todo lo que hay debajo de ella; y se le aparecía el mundo augusto de la señoría, en el que vivía aquella mujer, inexorablemente superpuesto al mundo ínfimo del pueblo, que era el suyo. Pero, ¿pertenece él á ese pueblo? ¿No se encontraba él, infeliz saltimbanqui, más bajo aun que el mismo pueblo? Por primera vez, después que tenía reflexión, le oprimía el consi-

derar la bajeza de su posición. Las descripciones y las enumeraciones de Ursus, sus inventarios líricos, los ditirambos que dirigía á los castillos, á los parques, á los saltos de agua y á la concentración de la riqueza y del poder, revivían en el pensamiento de Gwynplaine con el relieve de una realidad fabulosa. Que el hombre pudiese ser lord le parecía quimérico, y sin embargo, existía esa realidad. Para él vivían esos lores, pero dudaba de que fuesen de carne y huesos como los demás hombres. Se creía en la oscuridad, rodeado de pared, y distinguía en lontananza suprema, encima de su cabeza, como por la abertura de un pozo en cuyo fondo estuviese sumido, el deslumbrador conjunto de azur, de rostros y de rayos del Olimpo, y en el centro de esa gloria resplandeciendo la duquesa.

Sentía por esa mujer necesidad extraña, que complicaba lo imposible, y éste contrasentido doloroso retornaba á superar á su espíritu y veía cerca de él, al alcance de la mano, en la realidad íntima y tangible, el alma, y en lo intangible, en el fondo del ideal, la carne.

No veía con precisión ninguno de los pensamientos indicados; llegaban á él envueltos en la niebla, cambiaban á cada instante de contorno y flotaban en profunda oscuridad. Por otra parte, á pesar de la tenacidad de esta idea, no desfloró ni un instante su espíritu, ni aventuró, aun en sus desvaríos, una sola ascensión hasta la duquesa. El estremecimiento que reciben esas escalas, en cuanto se pone el pié en ellas, se trasmite muchas veces al cerebro y para siempre, y al creer ascender al Olimpo se vá á Bedlam. Si hubiese tomado en él forma clara esta concupiscencia, le hubiera terrorificado, pero no la tomó.

¿Volvería á ver acaso á aquella mujer? Probablemente no. Su demencia no llegaba al extremo de enamorarse de una claridad que atraviesa el horizonte. Apasionarse por una estrella se comprende, porque se la vé todas las noches, reaparece, está fija; ¿pero quién puede enamorarse de un relámpago?

Sentía un vaiven en la imaginación. El ídolo en el fondo del palco, elegante y majestuoso, se dibujaba luminosamente en la difusión de sus ideas y después se borraba. Aparecía y desaparecía con frecuencia, pero nada más. Esto le impidió dormir muchas noches. En el insomnio soñamos como cuando dormimos.